

EDINA POLÁCSKA

EMIGRACIÓN CARLISTA EN LOS BAJOS PIRINEOS DE FRANCIA

Una vecindad tormentosa

Los Estados que se edificaron según el modelo romano en Europa a partir del fin de la época medieval se construyeron « a golpes de espada » como lo escribió el general de Gaulle, los unos confrontándose a los otros, y su pasaje a la edad adulta en el siglo XIX fue particularmente perturbado en Francia y en España.

En este mismo siglo España conoció la misma inestabilidad política que Francia: la monarquía absoluta de Fernando VII, la regencia de su viuda María Cristina, la primera guerra carlista (1833–1840) que tuvo lugar como consecuencia del conflicto dinástico, los pronunciamientos de varios generales, de los cuales fue el de 1868 el que logró destronar a Isabel, el corto reinado de Amadeo de Saboya, la república proclamada en 1873, la segunda guerra carlista (1872–1876) y la monarquía restaurada en 1874 por Alfonso XII, hijo de Isabel, fueron etapas de este siglo agitado.

Evidentemente, las relaciones entre los dos departamentos limítrofes, Bayona y Guipúzcoa, sufrieron mucho con esa coyuntura política tormentosa y estuvieron marcados a lo largo del siglo XIX por la política proteccionista de los Borbones. La interrupción de toda comunicación entre los dos países por Fernando VII, a lo que París, por su parte, no tardó en contestar con la misma medida, o la invasión de la ciudad de Bayona por las tropas españolas del 31 de agosto al 6 de septiembre de 1816 son buena muestra de ello. Exceptuando el trienio constitucional en España de 1820 a 1823, durante el cual en Francia bajo el reinado de Napoleón III se intentó ejercer una política liberal, la frontera quedó cerrada, y aun más cuando múltiples epidemias de cólera y de fiebre amarilla se propagaron en España y el cordón sanitario dobló la barrera arancelaria.

Pero aunque las relaciones entre los dos Estados fueran tan malas, los vínculos entre las poblaciones del País Vasco de Norte y del Sur perduraron en la clandestinidad.

Las ciudades y pueblos de la región, como Bayona, Pau, Olorón, haciendo mención de los más importantes, sirvieron de refugio, además de proporcionarles una base logística, a los oponentes del régimen de aquel entonces, liberales bajo Fernando VII, realistas durante el trienio constitucional o carlistas durante las guerras.

Dos años después de proclamar la república (febrero 1873), el desorden y la anarquía hacían imposible la vida en España y empujaban a la opinión pública hacia los absolutistas. Desde Bayona y otros puntos de la frontera francesa los nuevos emigrados, esta vez absolutistas, comenzaron a tramitar la sublevación en España. Eran pocos porque las persecuciones liberales fueron, por aquél entonces, menos rigurosas que las antiliberales.

El número de emigrados carlistas en Francia fue considerable. Pero los gobiernos liberales triunfadores concedieron rápidamente, en las dos ocasiones, la amnistía, y la mayoría regresó a España. La emigración permanente se redujo a la corte del pretendiente y algunos jefes y grandes señores del carlismo que se mantuvieron voluntariamente en el exilio. Durante la segunda guerra carlista se ve claramente que el entusiasmo del pretendiente era muy inferior al entusiasmo intacto de sus partidarios, que nunca habían salido de España. «*El carlismo de don Carlos era infinitamente menos entusiasta que el de sus batallones navarros y vascos (...) Puede decirse, en conclusión, que el carlismo, como fuerza política, murió en la emigración y no en los campos de batalla*», escribe Gregorio Marañón¹.

El destierro en cifras

A partir de 1830, la inmigración carlista aparece como un fenómeno constante, afectando en primer lugar y ante todo a las cercanías de la frontera pirenaica. Según Pirala² en 1840, Francia contaba con más de 30 000 carlistas. En 1876, 10 000 combatientes vencidos vinieron a completar el número de los emigrantes expulsados³. Además de los dos momentos ya citados, hay que mencionar tres más, cuyo resultado es una afluencia importante de emigrados españoles: a finales de 1833 y a comienzos de 1834, las primeras operaciones militares y los primeros reveses del Pretendiente provocaron el éxodo de cientos de Carlistas, y además, de las familias que huían del cólera.

¹ Gregorio MARAÑÓN, *Españoles fuera de España: influencia de Francia en la política española a través de los emigrados: el destierro de Garcilaso de la Vega: Luís Vives su patria y su universo*, 7a ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1979, 48-49.

² Antonio PIRALA: *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, libr. XIV., 206 (éd. Turner-Historia, 206).

³ Melchor FERRER: *Historia del tradicionalismo español*, 1960-1979, tom. XXVII, 204-205.

En mayo de 1872, unos 200 carlistas derrotados en Oroquieta⁴ refluieron hacia Francia. En los primeros meses de 1873, cuando la última guerra carlista iba tomando amplitud, un grupo importante de ciudadanos abandonó las ciudades amenazadas por los carlistas. A ellos se unieron los jóvenes de Navarra amenazados por la conscripción. En abril de 1873, el *Courrier de Bayonne* contaba, sólo en el cantón de Saint-Jean-de-Luz, con 4 683 refugiados establecidos, representando el 47% de la población de Urrugne, y el 70% de la de Biriadou. Desde la frontera hasta Bayona, todas las localidades rurales estaban llenas de españoles. Para el conjunto del departamento de los Bajos Pirineos y en los meses de abril y mayo 1873, el periódico *Le Mémorial* calculaba 15 000 refugiados recogidos⁵.

Una vecindad y las interferencias políticas

Los archivos de Madrid y de París conservan documentación abundante sobre los carlistas emigrados en 1870, un período crítico para España, que buscaban a su rey después de la caída de Isabel II; una época trágica para Francia, país que a partir de agosto tuvo que soportar la agobiante derrota que Prusia le infligió.

España siguió siendo, en estas circunstancias difíciles, una tierra donde aflúan los fieles de la reina caída, como los Carlistas, que preparaban una nueva insurrección (según la lista establecida por la policía local, 268 de estos últimos son residentes en Bayona, Biarritz, Anglet, Saint-Jean-de-Luz, Ciboure, Urrugne y Hendaye⁶).

Durante la última guerra carlista, la política francesa fue en general mucho más benevolente hacia los Carlistas. Era la hora en que, desilusionados por el imperio y asustados por la Comuna, los franceses mostraron alguna simpatía hacia el monarca, según ellos, legítimo. Los realistas fueron mayoritarios en la Cámara. Hasta el último día de 1874, España ya no fue el aliado liberal de 1834, sino una monarquía de Amadeo de Saboya, y después una república en anarquía.

⁴ El 2 de mayo de 1872 don Carlos entra en Vera, donde se ha podido reunir a duras penas un contingente de cerca de 1.500 hombres, mal vestidos y peor armados. El propio don Carlos se da cuenta de la grave situación. El 4 de mayo, las tropas gubernamentales inician la persecución y sorprenden a los carlistas en Oroquieta. El desastre es total. El 5, don Carlos, a duras penas, vuelve a Francia. Murieron 38 carlistas y 749 quedaron prisioneros, que fueron deportados a Ultramar.

⁵ Joseph ZABALO, *Le carlisme: la contre-révolution en Espagne*, SCJ Éditions, imp. 1993, 188-189. “*De la frontière à Bayonne toutes les localités rurales fourmillent d’Espagnols.*”

⁶ Op cit., 188.

En los departamentos recientemente sometidos a un régimen de censo (en 1847, se cuenta 1 499 electores en los Bajos Pirineos⁷), los sentimientos legitimistas de un gran grupo de personas se pueden mostrar gracias al sufragio universal.

Entre los carlistas franceses destacan el barón Laborde, alcalde de Biarritz, Joachim Dubrocq, adjunto del alcalde de Bayona y Ferrières, rico fabricante y negociante de textiles. El marqués Nadaillac, legitimista convencido y prefecto de Bayona, expresaba abiertamente su simpatía por los Carlistas lo que la prensa le reprochó con vehemencia. Los Carlistas franceses recibieron al Pretendiente en diferentes ocasiones durante sus viajes clandestinos a través de Francia.

La organización de las fuerzas Carlistas en las zonas limítrofes de los Pirineos coincidió con el fin de la guerra entre los franceses y los prusianos en octubre de 1874. En esta época los particulares franceses y el gobierno francés tenían una cantidad considerable de fusiles y otros equipos militares, que los negociantes podían fácilmente adquirir y devolver a los Carlistas. Esta zona limítrofe llamó la atención particular de los gobiernos francés y español, pues los informes redactados por los agentes secretos enviados en misión daban que pensar sobre una agitación primero clandestina, luego abierta.

Misión secreta – Informe de un agente secreto

El informe manuscrito sobre una misión secreta, que encontramos en el Archivo Nacional de París, nos da una fiel imagen sobre la inquietud que sentía el gobierno madrileño al ver que su país vecino, en lugar de expulsar de su territorio a los emigrantes, los acogía con una simpatía y laxismo, disfrazados de indiferencia.

El marqués de la Vega de Armijo, Embajador de España en Francia por un breve lapso en 1874, jugó un papel particularmente importante en la revelación de las conspiraciones carlistas, enviando varias veces a uno de sus agentes secretos llamado Cailleret (acompañado por un guía cuyo nombre, desconocido, no está mencionado en el informe) a la zona limítrofe,

⁷ El censo francés de 1851 – que es el primero que discrimina la nacionalidad de los censados – revela una población española de cerca de 30 000 personas. Aunque los primeros censos que incluyen datos sobre las colonias extranjeras se refieren indistintamente a españoles y portugueses, parece razonable admitir estas cifras conjuntas como una primera aproximación del número de españoles, ya que el de portugueses parece insignificante por aquellas fechas, como lo pone de manifiesto el censo de 1876. El notable y constante aumento de la población española denota la existencia de una apreciable corriente migratoria transpirenaica a Francia, país vecino. Una corriente que tiene un carácter bastante constante. (Javier RUBIO: *La emigración española a Francia, Esplugues de Llobregat (Barcelona)*: Ariel, 1974, 89-91.)

confiándole la misión de descubrir los círculos más profundos de aristócratas y oficiales franceses leales al movimiento carlista.

La primera estación de la misión de Cailleret, que comenzó en otoño 1874, era la ciudad de Bayona que presumía hacía un tiempo de ser uno de los nidos más importantes del movimiento carlista, dando refugio a muchos fieles, tanto franceses como españoles, de don Carlos. Durante sus misiones anteriores, el agente Cailleret ya había sondeado el terreno para trazar el mapa de los personajes que se dedicaron a la propaganda más activa y favorecieron sin duda el contrabando de armas o efectos de guerra. Uno de estos personajes fue el conde de Lalande cuyo castillo en Tarnos, a algunos kilómetros de Bayona, era considerado un lugar importante de encuentros secretos carlistas. Pero a consecuencia de sus visitas reiteradas, el agente Cailleret observó que el conde de Lalande estaba ausente de su castillo durante muchos meses, y no volvería antes de la primavera siguiente. Así, Cailleret era de la opinión de que éste pasaba el verano en Burdeos y en Biarritz, pero sin embargo, el conde se consideraba como uno de los partidarios más devotos del Pretendiente.

Otro carlista francés muy devoto, el Señor Ducrocq, se dedicó también a hacer triunfar la causa carlista, pero desde hacía algunos meses se había retirado para gozar de su fortuna y de su gran influencia. Él mismo se quedó fuera de toda operación, que habría podido producirse, y declaró abiertamente que, aunque conservando sus opiniones, no quería involucrarse en ningún asunto – afirma el informe de Cailleret. La misma investigación con el mismo resultado en cuanto al Señor Laborde, alcalde ya mencionado de Biarritz, otro partidario afanoso del Pretendiente.

Según el informe del agente secreto, tres damas jugaban un papel particularmente activo en las conspiraciones clandestinas del movimiento carlista. La primera era la viuda Marie Labourdette, encargada, como se decía, de la confección de los vestidos para el ejército carlista. Sin embargo en la época de la visita del agente Cailleret, ésta todavía no empleaba a ninguna obrera. El agente Cailleret, sarcástico, añade que el hecho de que la casa fuera frecuentada por los españoles reputados Carlistas, era menos debido a los méritos devotos y patriotas de la ama de la casa, que a su moralidad y conducta equívocas.

Viene en segundo lugar la viuda Cournet⁸, negociante de armas, quien había servido de una manera activa y eficaz la causa del Pretendiente. Los secuestros de cartuchos y efectos de guerra, tanto como los procesos intentados contra ella no parecían apartarla de su convicción, dando su casa siempre lugar a encuentros secretos entre distintos personajes carlistas que se

⁸ Don Carlos, después del fracaso del complot de Pamplona, en julio de 1869, llega a Bayona, al cuartel Saint-Esprit, donde la viuda Cournet, una negociante de armas, les aloja en una casa deshabitada “*donde pululan, dice don Carlos, las pulgas y chinchetos.*” Véase ZABALO, Joseph, op. cit. 188.

quedaban en Bayona o viajaban de paso, por esta razón era llamada la casa de la Junta. Se llevaron a cabo investigaciones en su casa y en casa de los inquilinos españoles sospechosos de haber mantenido correspondencias secretas con los Carlistas y expedido pasaportes, pero no encontraron nada.

La viuda Cournet estaba siempre bajo vigilancia de las administraciones locales, pero a pesar de esto, siguió vendiendo el periódico *El Cuartel Real*⁹ y los sellos con la efigie del Pretendiente. Ese periódico y esos sellos, constató Cailleret, se vendían a escondidas, en la casa del vizconde Calgary, calle Pone Neuf.

La tercera ardiente carlista, constata el agente Cailleret, se llamaba Mademoiselle d'Arrojo, hija del general ya fallecido de mismo apellido, dueño de una casa que era un lugar de reuniones frecuentes de carlistas, de donde expedían la correspondencia para el *Cuartel Real* y a donde se dirigían las respuestas del estado mayor. Los eminentes eclesiásticos, don Vincenijo, el sacerdote Coufelleur o el abad don Braulio¹⁰, le visitaron muchas veces.

Muchas familias españolas se instalaron en la zona limítrofe ganándose la vida con el comercio, principalmente con España. Sin embargo no era secreto que detrás del negocio decente, esas familias se dedicaban al contrabando de armas y efectos de guerra, lo que era muy difícil para la policía francesa de vigilar con eficacia, siendo los españoles, según el agente Cailleret, *un pueblo muy reservado y muy prudente*.

Desde Bayona nuestro agente pasó por Hendaye y Behobia, dos ciudades examinadas en profundidad: se dijo que el contrabando se ejercía allí abiertamente. Los puentes flotantes en el Bidasoa¹¹ sirvieron antaño de depósitos de armas u otros efectos de guerra. El maestro de chalupas llamado Señor Ignacio tenía un personal numeroso a su servicio capaz de hacer el contrabando y venía a menudo a Behobia o a la frontera. Su cómplice fue,

⁹ *El Cuartel Real* fue el boletín oficial del gobierno del pretendiente carlista Carlos VII de España, publicado entre 1873 y 1876 en Oñate, Tolosa (Guipúzcoa), Durango (Vizcaya) y Estella (Navarra). A pesar de que el estado de Carlos VII sólo controlaba una pequeña parte del norte de España, *El Cuartel Real* contaba con una plantilla fija de colaboradores, incluyendo correspondientes en el extranjero y en zonas de la España controlada por los gobiernos de la República o de Alfonso XII. (Obtenido de http://es.wikipedia.org/wiki/El_Cuartel_Real)

¹⁰ “De la emigración carlista formaron parte muchos sacerdotes, los más fanáticos entre los más exaltados de la Iglesia española. En Francia fueron afectuosamente acogidos. Muchos vivieron largo tiempo en los departamentos. (...) Y es oportuno recordar que en la buena acogida que tuvieron en Francia estos sacerdotes – y también los sacerdotes liberales de las emigraciones anteriores – influyó mucho el recuerdo que la Iglesia francesa conservaba de la hospitalidad que el clero francés, perseguido por la revolución, había encontrado en España casi un siglo antes.” Véase: G. MARAÑÓN, op. cit., 49-51.

¹¹ Río español que durante 12 km. separa a Francia de España, parte que sirve de frontera natural entre los dos países.

según el informe de Cailleret, un rico negociante de Behobia, llamado Bouchoo, establecido desde hace algunos meses en Hendaye, bajo la vigilancia muy estricta del comisario especial de la Jura.

Según las constataciones del agente Cailleret, la policía y la aduana estaban en lucha constante con los emigrantes. Un gendarme del puesto del puente de Behobia, llamado Miquelet le confesó que su país se había equivocado en acusar a Francia de favorecer a los Carlistas, ya que los soldados de la frontera veían cómo la vigilancia de los empleados franceses era incesante.

El agente secreto constató que para octubre de 1874, el contrabando de armas y de efectos de guerra perdió intensidad en todas partes y así las bandas más intrépidas emitieron una orden de repliegue, gracias a las operaciones audaces y peligrosas de los realistas españoles.

Otro centro de conspiraciones carlistas era la ciudad de Pau. El 28 de febrero de 1876 el rey Alfonso marchó a Pamplona, y don Carlos, con la última expresión de “¡Volveré!”, abandonó España definitivamente.

Esa ciudad, residencia de la princesa Margarita de Parma, esposa de don Carlos¹² era naturalmente objeto de investigaciones minuciosas por parte de los espías. La prensa liberal acusaba vivamente al prefecto de los Bajos Pirineos de simpatizar con los Carlistas, pero como lo prueba el informe de Cailleret, no se podía ejercer una vigilancia más estricta y más activa de lo que se hacía en Pau. Según el informe, la princesa Marguerita llevaba una vida muy retirada, pero mientras en su casa tenía un personal bastante numeroso, según los rumores, ella estableció un ambulatorio para curar a los oficiales superiores injuriados.

La policía era muy severa con los españoles reconocidos Carlistas. El barón de la Torre, familiar de la princesa que vivía desde hacía mucho tiempo en Pau, pareció ser agente del Pretendiente, pero su papel no era de una gran importancia. Lo que constató el agente es que cuando un refugiado carlista llegaba a Pau, iba directamente a ver al barón.

Pocos días antes del pasaje de Cailleret en Pau, un oficial supremo y algunos soldados del ejército real alojados en el albergue recibieron la noticia de que la policía que vigilaba el albergue, preparaba su detención al día siguiente. El barón de la Torre, avisado por el posadero, les dio un poco de dinero y con su ayuda traspasaron la frontera porque, dijo él, la autoridad era despiadada. En Pau, el agente había buscado en vano el periódico *El Cuartel Real* y los sellos carlistas.

Después de recorrer una parte del departamento de los Altos Pirineos, Cailleret constató de nuevo la intensa vigilancia de las autoridades, tanto en Tarnos como en otros lugares de la zona fronteriza. No se encontró ningún rastro de carlistas españoles en la capital del departamento, y algunos eclesiásticos de

¹² Margarita de Parma, hija del príncipe Carlos III de Parma y de la princesa Luisa de Borbón Artois, sobrina del príncipe de Chambord. De este matrimonio nacería don Jaime de Borbón, futuro heredero de don Carlos (VII).

la nación española que habían permanecido allí en otro tiempo se habían retirado hace mucho porque la administración no quería tolerarlos más.

Desde la ciudad de Tarbes, el agente secreto pasó a Bagnères donde permaneció muchos días, y desde donde surcó la frontera y buscó por todas partes en vano huellas de propaganda o de contrabando en favor de la causa del Pretendiente.

En la ciudad de Luchon, Cailleret encontró a cuatro o cinco españoles pero venían más bien para curarse que por asuntos carlistas. Durante sus frecuentes excursiones hacia el puerto de Portillon i el valle de Aran, el agente reconoció que el contrabando se había vuelto casi imposible en esta región. Los numerosos puestos de los aduaneros ocupaban todos los pasajes y los soldados de la guarnición vigilaban todos los puntos del pasaje.

Después su visita en Montréjeau – sin poder apuntar nada de serio –, Cailleret se dirigió a Saint Gaudens donde el único Carlista era un cura joven que había ido hacía poco con su familia para establecerse allí. El informe hace mención de su nombre y dirección: don Diego Volunga, que vive en la calle Dubarry, en la casa de los Baruteau. Según Cailleret, el cura joven parecía muy exaltado y susceptible de dedicarse de un día a otro a cualquier maniobra militar.

Siguiendo su investigación, Cailleret se fue a Toulouse, donde vivían algunos sacerdotes españoles que llevaban una vida retirada. Un individuo sospechoso de ser carlista, fue el Señor Raymonds, negociante notable, hermano del ex comisario de la gendarmería de Pau. Ese Señor Raymonds acusaba al prefecto de los Bajos Pirineos, el marqués de Nadaillac, de haber pedido y obtenido el cambio de residencia de su hermano, sospechoso de prestar apoyo a los carlistas. Eso ilustra más que bien que el marqués de Nadaillac, legitimista convencido y simpatizante de la causa carlista, para guardar las apariencias, tuvo que cumplir las ordenes de perseguir a los rebeldes.

Tras dejar estas ciudades, el informe de Cailleret no hablaba de las diversas localidades donde fue para investigar a los refugiados carlistas. Se contentó con constatar que la vigilancia en Ariège¹³ por ejemplo, era muy activa a lo largo de la zona limítrofe: arrestaban cada día a desertores del ejército liberal, que venían algunas veces en grupos de diez o veinte prisioneros.

En Bourg-Madame, etapa siguiente de su pasaje, no encontró nada anormal aparte de un ex agente del gobierno madrileño en permanencia, confirmando que la vigilancia de las autoridades hacía imposible dedicarse al

¹³ Los emigrantes tenían la tendencia a concentrarse en los departamentos fronterizos extremos, es decir en las regiones próximas a los pasos naturales de la frontera pirenaica. Esta incidencia de las vías de acceso en la localización de la emigración española a Francia se hace también muy patente en el departamento del *Ariège*, al que corresponde un sector especialmente inaccesible de los Pirineos, y que es el único departamento fronterizo que a principios de este siglo presenta una colonia española inferior a 500 personas. Véase: RUBIO, op. cit., 97.

contrabando en favor de los carlistas. Sin embargo, el agente no excluyó que ése disponía de un depósito de armas con el cual podría, si se necesitara, contribuir a la causa del Pretendiente.

En cuanto a los aduaneros españoles, el agente secreto hace en este punto una observación personal. En Puigcerdà supo por el director de los servicios aduaneros que un funcionario joven e inteligente se quejaba de que su puesto se hacía insoportable, que estaba obligado a viajar a Madrid para informar a su gobierno y que el mes anterior no había recibido suficiente dinero por su sueldo. Se dice que durante el asiento de Puigcerdà, los oficiales superiores carlistas solían venir a escondidas para pasearse en Bourg-Madame y cenar en el hotel. Las declaraciones recogidas por el agente justificaban en efecto que algunos españoles cenaron y pasaron una noche en el pueblo, pero sin que nadie tuviera pruebas aparentes, y se adivinó, sólo después de su salida, que los pasajeros misteriosos eran partidarios del Pretendiente.

El agente secreto acabó su viaje en Perpignan, cuya población legitimista era sin duda favorable a don Carlos. El príncipe tenía allí partidarios exaltados y devotos, como los Souvras, el negociante Saint-Martory, el librero Onardí, que además de ser condenados por embargos operados y armas confiscadas, se dedicaban antiguamente al contrabando de efectos de guerra. Los Souvras, todos vigilados, acumularon millares de capotes y pantalones escondidos.

Al fin de su informe muy detallado y exhaustivo, Cailleret se permite una observación personal, lo que, de manera curiosa, contradice lo que escribió antes. Piensa que en una línea fronteliza tan larga como la que divide Francia de España, es casi imposible entorpecer el contrabando de armas: en los puertos de los Pirineos, el contrabando ha existido y existirá siempre. Es muy difícil luchar con una gente tan audaz e intrépida, y además, las poblaciones de la zona limítrofe se comunican muy fácilmente cuando los intereses comunes se entrelazan con la simpatía por el Carlismo, y cuando los españoles, independientemente de su convicción religiosa, conspiran con los rebeldes, si creen ver su propio interés. El agente secreto llegó a probar que de este lado de la frontera, el ejército del Pretendiente no recibe ningún aprovisionamiento.

Los españoles eran siempre numerosos en Perpignan. Entre ellos había personas que podrían dedicarse a la propaganda o a otras maniobras en favor de don Carlos. Pero el agente declara que las autoridades locales daban ordenes categóricas a sus agentes de castigar severamente a los carlistas y el cónsul de España aseguró que hacía algunos meses estaba muy contento por la administración y que estaría, de ahora en adelante, convencido de las buenas disposiciones de los altos oficiales de los Pirineos Orientales, de la Alta Garona y de Ariège. Además estaba muy satisfecho con el servicio de la aduana y si se restablecieran las condecoraciones en España, él propondría al Señor dirigente de este servicio a una condecoración de la Cruz. El cónsul

parecía menos satisfecho con la autoridad militar, que se oponía al internamiento de la mujer del general carlista Francisco Savalls.

El 16 de julio de 1873, don Carlos pasa de nuevo por Navarra, por Dancharinea (Dantxarinea en vasco), para pasar allí los meses de una guerra que acabará en febrero de 1876. El pretendiente vencido cruzó definitivamente la frontera no lejos de Arnéguy. Acompañado de Mauléon, al día siguiente dejó la prefectura de Soule para irse a París y después a Inglaterra. Don Carlos no volverá más a España ni a la parte suroeste de Francia.

* * *

Se dispone de poca información sobre los refugiados carlistas de menos importancia que se aprovecharon del apoyo de los franceses favorables al carlismo, o por los que sintieron piedad.

Lo que es seguro es que los carlistas franceses y españoles estaban unidos en el Comité de Bayona, con el objetivo, como dice Melchor Ferrer¹⁴, de controlar el trabajo de los comités que existían en diferentes puntos de Francia, de centralizar sus esfuerzos, de efectuar adquisiciones de armas¹⁵, de asegurar las comunicaciones con el *Cuartel Real*, de procurar a los oficiales y soldados la medida de traspasar la frontera y de mantener relaciones con las autoridades francesas, muchas de las cuales simpatizaron con los Carlistas, como el marqués de Nadaillac, prefecto de los Altos Pirineos. La presidencia del comité estaba asegurada por el propietario de Hermitage, Hubert de Marignan, el vizconde de Barrès, el barón de Garro, Joachim Dubrocq, Paul Laborde o Jacques Poydenot, alcaldes sucesivos de Bayona.

En cuanto a nuestro espía, su informe acaba en Bayona. Los informes, menos eufemísticos, encontrados en los archivos de París y Madrid también justifican su convicción personal.

De simpatía una tensión diplomática

Tras la restauración de Alfonso XII, el gobierno francés se mostró mucho más tolerante respecto a los carlistas que, perseguidos con empeño por las tropas de Alfonso XII, terminaron por capitular. Eso supuso entonces la debacle y la llegada a Bayona de una nueva ola de refugiados¹⁶ que fueron

¹⁴ Melchor FERRER, *Historia del tradicionalismo español*, 29-32.

¹⁵ Durante el año 1874, el comité ofreció al ejército carlista trece piezas de artillería, entre las cuales había seis cañones de largo alcance (Véase: Ana de SAGRERA: *La duquesa de Madrid*, 285; Charles BLANC, *Le livre de raison d'une carliste dacquoise*, 46).

¹⁶ Según el periódico *L'Indépendant* de 21 de febrero de 1876: de 3000 a 4000 de personas. Según *Le Courier*: 4000 personas, y según otras fuentes: 10 000 personas. «*Al entrar D. Carlos y Pérula con los restos de su ejército en Febrero de 1876, constituido por 3000 – 4000 miembros, pero como la entrada de estos estuvo precedida de otros que acudieron dispersos... resulta dificultoso cuantificar el número total de emigrados en esta*

muy bien acogidos en Francia, cuyo gabinete se mostró más laxista y las autoridades locales, encabezadas por el marqués de Nadaillac, legitimista convencido, estaban menos inclinadas a ejecutar las órdenes de París sobre el internamiento de los refugiados.

El cambio de 1875-76 llegó con una tensión diplomática entre Francia y España. Madrid acusaba a París de que las autoridades francesas, indiferentes y silenciosas, trataban a los carlistas con una indulgencia inadmisibile, cumpliendo sólo su obligación diplomática mínima. Como se puede leer en las noticias del embajador De la Vega de Armijo, don Carlos y sus fieles lograron desbaratar la vigilancia y la perspicacia de la gendarmería y policía francesas, y durante más de un año pudieron perseguir, en silencio, su actividad en favor de la guerra civil española. Ninguna autoridad francesa podía identificar el lugar de permanencia de don Carlos en Francia, y parece que, implícita o explícitamente, París no quería ayudar a ningún enviado del gobierno español.

Eso es lo que se puede también leer en el fragmento de las comunicaciones enviadas por los cónsules de España de la zona fronteriza a los prefectos de los departamentos de Midi sobre el asunto carlista, firmado por De la Vega de Armijo, documento que hemos encontrado en el Archivo Nacional de París.

En este fragmento se suceden resúmenes de las comunicaciones antes citadas, en orden cronológico, desde febrero de 1870 hasta octubre de 1874. Un detalle recurrente en todas las comunicaciones es que De la Vega de Armijo se queja de la indiferencia y de la impunidad de las autoridades francesas diciendo que la hospitalidad no concede el derecho de conspirar. El embajador se queja de ver a los carlistas, cuyo internamiento se había pedido hace un tiempo, pasearse en Bayona, mientras el número de refugiados carlistas seguía aumentando de una manera considerable, las bandas insurgentes se habían organizado en Francia, las armas penetraban sin dificultad y el contrabando no dejaba de florecer sobre el río Bidasoa, ante todo, en los alrededores del punto Brancalde. De la Vega de Armijo piensa que las instrucciones para internar a los carlistas habían sido ineficaces porque, según él, los carlistas vuelven inmediatamente. «*Es muy triste ver en un país amigo trabajar con tanta impunidad a los promotores de la guerra civil. Reclamo de nuevo su internamiento*» replicó a las disculpas del vice-prefecto.

El 4 de mayo de 1874 De la Vega de Armijo pide explicaciones del vice-prefecto al hecho de que don Carlos logró a traspasar la frontera no lejos de Sara. En esta ocasión el cónsul recuerda a esa autoridad que Don Carlos no sólo había permanecido unos días en los alrededores de Bayona sin estar

zona si bien, utilizando informaciones del cónsul en Bayona, nos atrevemos a dar como cifras a aproximativas los 4000 o 5000 personas.» Javier REAL CUESTA, «La emigración carlista de 1876 y la política de atracción de republicanos y moderados», Eusko Ikaskuntza, Cuaderno de Sección Historia-Geografía (22), 1994, p. 217-218.

inquietado por las autoridades, sino que también había celebrado cuatro días antes, con sus partidarios, una reunión clandestina.

El mismo día, el vice-prefecto contestó así: *“Muy Señor mío: Tengo la honra de trasladar las informaciones que Usted me había pedido. Según las informaciones que me habían llegado, don Carlos habría penetrado en el territorio de la Francia en la noche del 1 de mayo, alrededor de la una de la noche. El Pretendiente habría llegado en el distrito de Bayona por camino terrestre, cuatro días antes, habría permanecido en casa de sus amigos devotos. Habría pasado su última noche en casa de Michel Dirmsubère en Sara o en la casa del cura de Ascaïn, ese último punto ya no está clarificado. Al día siguiente el Pretendiente habría sido acompañado a la frontera por cuatro amigos franceses.*

*Yo siempre he previsto y muchas veces declarado en mis informes que una vez don Carlos entrara en nuestro departamento, sería muy difícil, sino imposible, sorprenderle. Las notabilidades francesas le iluminan el camino, vigilan su seguridad y preparan su pasaje. El clero les presta ayuda... Desafortunadamente tenemos que contar con la complicidad de los habitantes del país, simpatizantes de la causa de don Carlos.”*¹⁷

Contraviniendo la orden del Presidente de la República francesa, según la cual era necesario proceder al internamiento de todos los carlistas, el prefecto de los Bajos Pirineos, el marqués de Nadaillac, tomó la decisión de que todos los que llegaran sin armas al departamento de Bayona, buscándose refugio, lo encontrarían allí, mientras no se volvieran cómplices de los insurgentes. El marqués de Nadaillac prohibió de la manera más expresa proceder a pesquisas en los domicilios de los emigrantes sin su orden personal o, por lo menos, sin tener la certidumbre absoluta de la presencia de las personas en las casas señaladas.

El gobierno español deseaba entonces ver el mal atacado de raíz y estableció, bajo esa égida, una nueva política cuya esencia era el despliegue de considerables fuerzas armadas en la frontera en combinación con las fuerzas españolas estacionadas más allá, la vigilancia compartida franco-española del río Bidasoa (donde a pesar de los tratados firmados el 2 de diciembre de 1856 y el 11 de julio de 1868, el contrabando no dejaba de florecer) y la nominación de autoridades a la cabeza de los departamentos limítrofes españoles que en el pasado no habían ejercido ninguna función.

En el caso de que todas estas condiciones estuvieran cumplidas, la guerra no podría prolongarse porque Bayona, Pau, Oloron y Perpignan dejarían de ser el centro de las conspiraciones. Según la proposición del gobierno español, Portugal, cuya frontera era muy larga, podría entonces dar un ejemplo digno de ser seguido por Francia, ya que Madrid solamente podía ver con los brazos

¹⁷ Respuesta del viceprefecto del departamento de los Bajos Pirineos a la comunicación de de la Vega de Armijo, el 4 de mayo 1873.

cruzados que *la Francia liberal y confundida actúa junto a los protectores del absolutismo español para protegerlo* – dice en su informe de la Vega de Armijo, en tono amargo.

El gabinete francés no tardó en replicar esa opinión acusatoria de Madrid. París pronto recoge el guante diciendo que si el gobierno español acusa a las autoridades francesas de laxismo y de ser cómplices de los refugiados carlistas, entonces, les toca ahora demostrar que los buques de los contrabandistas que pasan todos los días por el Bidasoa, cargados de bienes traficados, navegan bajo los pabellones franceses, sometidos entonces a la legislación francesa. Ahora bien, París estimaba que a Madrid le costaba demostrarlo, ya que una pila de documentos de abordaje y juicios de embarque atestiguaban la nacionalidad española de esos buques y cuando los agentes franceses habrían querido proceder en conformidad con el tratado de 1868, los españoles no habían reconocido su competencia – muy justamente por lo demás.

Definitivamente, el acto antes citado puso fin a las desavenencias entre los dos gobiernos, y una fuerza armada común franco-española se desplegó en el río Bidasoa.

Según la posición de París, se podía discutir la utilidad de las exageradas precauciones tomadas para impedir a los Carlistas avituallarse y reorganizar sus bandas en el territorio francés. No era tarea de Francia examinar si los informes sobre la buena vecindad exigían que un departamento francés se pusiera en una situación en que tenía que soportar las repercusiones de los acontecimientos que se produjeran en España. Lo que era seguro es que el resultado buscado no se había alcanzado, y los carlistas no fueron alejados de la zona limítrofe.

¿Cuáles eran entonces las medidas a tomar para devolver a la autoridad administrativa su preponderancia, indispensable para la prosperidad del departamento de los Bajos Pirineos y otros departamentos de la frontera? Según París, la llave de su buena relación con España sería que los representantes del gobierno español se limitaran a su papel, y en lugar de inmiscuirse en los asuntos de la policía francesa, se ocuparan de sus intereses nacionales.

El objetivo entonces era claro: se necesitaba guardar la frontera de manera que ninguna persona armada, carlista o regular del ejército republicano, entrara en el territorio francés sin ser arrestado e internado. Según la posición de París, esa actitud enérgica habría podido impedir a los funcionarios españoles dirigir unos ataques cometidos por las tropas regulares no contra los españoles sino contra los franceses, en suelo y en aguas franceses¹⁸.

¹⁸ Alusión al asunto de Bariatou donde los españoles armados, pertenecientes a las bandas carlistas vinieron a rescatar a dos compatriotas suyos. Un motivo suficiente para provocar un orden riguroso que, el 29 de marzo, el prefecto de los Bajos Pirineos transmitió a sus subordinados para alejar a todos los españoles de la frontera, sin excepción, matriculados o no.

Con el restablecimiento de las reglas de la matrícula, la calma se restableció también en el departamento de los Bajos Pirineos.

Conclusión

A partir del segundo semestre de 1876 el gabinete francés cambió radicalmente de actitud. El gobierno del nuevo presidente, Jules Grévy, con instrucciones muy precisas mandó a las autoridades locales colaborar de la manera más estrecha con los cónsules españoles.

Las relaciones entre Francia y España mejoraron claramente, sobre todo después de las Cortes que exaltaban la unidad constitucional del país y abolieron, el 21 de julio de 1876 los fueros de las provincias del País Vasco. En adelante, los dos gobiernos, uno realista, otro republicano, siguieron la misma política que mantendrían durante muchos años, hasta que ambos constataron que sus economías ya no eran concurrentes sino complementarias. En un sistema económico liberal, las fronteras no tienen mucha importancia.

Pero esas fronteras habían separado por tanto tiempo a estas naciones que adquirieron una mentalidad, un tren de vida y una lengua diferentes, aunque en el siglo XVIII hubiesen hablado el mismo idioma y hubieran tenido la misma organización social y autonomía en el seno de los dos reinados.

El siglo XIX, por tanto, siglo de los Estados-nación, fue particularmente nefasto para las relaciones entre Bayona y Guipúzcoa.